

entre otros objetos, mantas de algodón, camisolines pintados y armas. Los más atrevidos se echaron á nado y fueron á proponer cambios.

Queriendo el Almirante dar una elevada idea de la grandeza y generosidad de los huéspedes que llegaban á aquellos lugares, prohibió toda especie de tráfico. Regaló á los indígenas con algunas bagatelas que ellos estimaban en mucho, pero no quiso aceptar nada. Los habitantes de Cariari hicieron señas á los españoles para que fueran á la orilla; pero viendo que eran inútiles sus invitaciones é instancias, celebraron consejo, y sea que se ofendiera su orgullo por haber visto rehusados sus dones, sea que creyeran ver en ellos una injuriosa desconfianza respecto á sus intenciones, resolvieron no recibir á su vez los presentes de aquellos desconocidos, y en su consecuencia, hicieron de ellos un gran monton y los dejaron en la playa. El miércoles, por la mañana, el Almirante concedió permiso para ir á tierra, y lo primero que vieron al desembarcar fué aquel monton de bagatelas de Europa (1).

Para obligar á los extranjeros misteriosos á que fueran á ellos, y queriendo atraerse primero su confianza, los habitantes de Cariari comisionaron á un anciano que llevaba una especie de estandarte de paz en el extremo de un baston, y trayendo á presencia del Almirante dos muchachas adornadas con todos sus atavíos, y secretamente provistas de polvos mágicos. La mayor de ellas apenas tenía once años de edad; pero las dos mostraban «tal descaro que no lo hubieran tenido más las ramerás.» Dióles asiento en una lancha que volvía de la Aguada, y rogó á los marineros que las condujeran á las carabelas. Al llegar á ellas les regaló vestidos y algunas baratijas, hizoles servir comida, y por la tarde las despidió; pero como la playa estaba enteramente desierta, la lancha tuvo que devolverlas á bordo. El Almirante tomó las medidas necesarias para asegurarles una noche tranquila. A la mañana siguiente las volvió á enviar á tierra; pero al cabo de algunas horas, cuando los botes volvieron á la playa, acompañadas las dos muchachas de numerosos testigos, devolvieron todo lo que habían recibido en regalo.

El día siguiente, el Adelantado bajó á tierra para informarse del país. Dos personas distinguidas del vecindario fueron á esperarle ántes que saliera del bote, levantáronle respetuosamente en sus brazos y le condujeron á un asiento de césped. El Adelantado hizo muchas preguntas que le contestaban con benevolencia. Temiendo don Bartolomé que no podría recordarlo todo exactamente, mandó al primer secretario de la escuadra, Diego Méndez, que tomara nota del diálogo. Cuando los indios vieron formar caracteres negros en el papel, sospecharon algun

(1) Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. xci.

artificio de magia; apoderóse de ellos el miedo; huyeron como si les amenazara un gran peligro, y creyeron neutralizar el maleficio echándose sobre sus cabezas, del lado donde estaban los españoles, un polvo desconocido, que efectivamente el viento llevaba hacia aquellos (***). Este pueblo parecía muy entregado á la hechicería á pesar de su orgullosa susceptibilidad, y sin duda por su mucha corrupcion. Los habitantes de la costa traían talismanes y tenían adivinos, y nigrománticos (****). Practicaban el embalsamamiento, levantaban monumentos á los muertos, adornaban sus sepulcros con esculturas que representaban figuras de animales y hasta imperfectos retratos de los muertos. Ejecutaban muy bien ciertos objetos de arte.

Luégo que estuvo terminada la reparacion de las carabelas, ántes de darse á la vela, tomó el Almirante dos indígenas para que le sirvieran de intérpretes. Afligidos sus padres por aquel cautiverio, enviaron á cuatro de ellos para tratar de su rescate, á cuyo efecto le trajeron gran cantidad de pedrería. El Almirante les envió regalos, pero no devolvió sus dos intérpretes. Los cuatro delegados contaron el mal resultado de su comision. El apuro en que se vieron aquellas pobres gentes fué muy grande, porque no sabían ya qué ofrecer al gran jefe de los extranjeros. La pedrería no había dado buen resultado, su regalo de muchachas había sido anteriormente rehusado. Entónces imaginaron ofrecer, en cambio de sus dos compatriotas, dos tocinitos salvajes extremadamente feroces, llamados *pecaris* (1). El Almirante recibió gustoso los dos animales, dió en cambio nuevos objetos, pero no devolvió los dos intérpretes.

El miércoles, 5 de octubre, el Almirante mandó levar anclas, y se dirigió hacia el Sud sin perder de vista la costa. Iba navegando á lo largo de la costa de Mosquitos, llamada hoy *Costa Rica*, á causa de sus minas de oro y plata. Siguiendo su derrotero, entró en un golfo cercado de varias islas que formaban entre si pequeños canales profundos y sin escollos. Los árboles gigantescos de ambas orillas, entrelazaban las ramas de sus elevadas copas, formando altísimos arcos, por debajo de los cuales pasaba cómodamente la arboladura de las carabelas que componían la escuadrilla. La fresca sombra y el suave aroma de los bosques recreaban á las tripulaciones sobre la cubierta misma de las naves. El golfo

(***) Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. xli.

(****) «En Cariay, y en esas tierras de su comarca son grandes fechiceros y muy medrosos.»—Cuarto y último viaje de Colon.

(1) «*Begare* que así se llama adonde estaba.»—Dans l'idiome du pays on les nommait *begare* ou *pecare*, d' où nous avons fait *pecari*—D' après l' illustre Cuvier ce genre de porc diffère des cochons, «par un orifice glanduleux percé sur le dos, par des défenses courtes et droites ne sortant pas de la bouche et par le manque de queue et d' un doigt interne au pied de derrière.»—Cuvier, *Annotations au quatrième voyage de Christophe Colomb*, traduit par M.M. de Verneuil et de La Roquette, membres de l' Académie royale espagnole d' histoire.

encantador era la bahía de Cerabaro, indicada hoy en los mapas geográficos con el nombre de *Bahía del Almirante*.

Al bajar á tierra, hallaron en la arena veinte botes, cuyos dueños se recreaban alegremente en los bosques. Iban desnudos y llevaban en el cuello placas de oro. La alarma de éstos se disipó cuando hubieron visto á los dos intérpretes, á cuya invitación uno de los insulares trocó por tres cascabeles un espejo de oro puro. Después del cabo Caxinas aquel fué el primer sitio donde se vió oro (1).

Aquella tierra estaba favorecida por una fertilidad fabulosa, y se encontraban profusamente en todas partes peces, aves, todo género de caza, raíces, granos, árboles frutales y flores. Sin dejarse dominar el Almirante por los encantos de aquella mansión deliciosa quiso continuar su exploración hasta el extremo del golfo. Allí encontró un terreno muy accidentado y sembrado de habitaciones construidas en los puntos más elevados. Vieron varios botes llenos de indios que iban con la frente ceñida con coronas formadas de plumas de aves y garras de animales. También se adornaban el cuello con placas de oro, pero en lugar de darse prisa por trocarlas, como hacían los insulares, las tenían en gran estima y se negaban á desprenderse de ellas. El Almirante les interrogó acerca de la naturaleza del país y de los lugares vecinos, y supo que sacaban el oro de una comarca situada hacia el Mediodía.

Las carabelas entraron después en otra bahía grande llamada ahora *Laguna de Chiriqui*, donde se procuró Colon algunas noticias que le confirmaron las que había adquirido ya acerca de aquellos sitios. Apartóse de aquellas aguas, y pasó lejos de los islotes, en alta mar, á fin de navegar más libremente; pero mientras tanto, observaba con mucho cuidado la costa. Después de haberla seguido por espacio de doce leguas, descubrió la embocadura de un río, y dirigió allá las embarcaciones para que examinaran el país. Al aproximarse á la playa, vieron los españoles un grupo de unos docientos indios armados en pié de guerra, que iban á oponerse á su desembarco, mientras que el sonido de los caracoles marinos y de los tambores de madera, que resonaba en los bosques, convocaba otros combatientes. Á medida que se aproximaban á la playa, los indios parecían ir furiosos á su encuentro, escupían yerbas mascadas, en señal de desprecio, entraban en el agua hasta la cintura para arrojar de más cerca sus dardos y jabalinas. Siguiendo los españoles las instrucciones de Colon, sufrieron con paciencia aquellos insultos, no dándoles otra contestación que señales de paz. Los indígenas se calmaron poco á poco, y acabaron por cambiar diez y siete espejos de oro por cascabeles cuyo sonido les

(1) Diego de Porras, *Relacion del viaje é de la tierra agora nuevamente descubierta por el Almirante D. Cristóbal Colon*.

alegraba mucho (1). Los botes se reunieron por la tarde con las carabelas, y volvieron el día siguiente para continuar los cambios; al acercarse al sitio donde estaban los indígenas los hallaron debajo los árboles de la orilla, donde habían pasado la noche, temerosos de una sorpresa. Se les llamó, pero no contestaron. Por su parte, los españoles se mantuvieron firmes en sus embarcaciones. Creyendo los ribereños que aquella calma era cobardía, resolvieron deshacerse de aquellas importunas visitas. Tocarón el tambor y dispararon flechas. Los españoles, á fin de cortar aquella agresión, dispararon una ballesta y tiraron un cañonazo. La detonación produjo tal espanto entre los indígenas, que las armas se les cayeron de las manos y huyeron á las espesuras de los bosques. Entonces cuatro españoles solos bajaron y les llamaron; volvieron sumisos y cambiaron tres espejos. No tenían otros, porque habían acudido allí para pelear.

Desde aquella costa se dirigió la escuadrilla hacia el Este, pasó por delante de Cobrava y descubrió cinco aldeas grandes que se levantaban cerca de la orilla. Allí adquirieron nuevas noticias acerca del oro. Supieron que los indios amontonaban en Veragua el oro de que hacían sus espejos, y que Veragua no distaba mucho de allí. Los intérpretes indios aseguraban que allí era el límite de la tierra del oro.

§ III.

El principal cuidado de cualquier hombre amigo de la humana grandeza y que hubiese sabido que la posesión de las minas le devolvería el favor de la Corte é impondría silencio á sus enemigos, habría sido reconocer inmediatamente aquella comarca que producía oro, y tomar posesión de ella con las formalidades ordinarias, dirigiéndose en seguida á España, para regresar de allí con fuerzas suficientes para la ocupación del país. Pero enteramente ocupado Colon en el descubrimiento del Estrecho, no quiso retroceder en busca de unas minas que consideraba ya como adquiridas. Partió, pues, á pesar de las lluvias torrenciales, á fin de continuar su viaje y hallar el Estrecho deseado.

Había llegado precisamente á aquel punto designado por él mismo desde Granada, en los ricos salones de la Alhambra, y que, en su concepto, debía franquearle paso para llevar al mar del Sud el estandarte de la Salvación y el pendón de Castilla. La *Viscaina* seguía, por orden suya, las más insignificantes sinuosidades de las costas. Estaban entonces en el litoral de Chagres. Buscaba

(1) Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. xcii.

lleno de ansia el paso frente á frente del mismo Panamá, entónces desconocido. Es que Colon presentia aquel punto geográfico, objeto de tantos votos inútiles desde trecientos setenta y tantos años, aquel importante terreno que han estudiado con tanto afán los geólogos de Francia, Inglaterra y Prusia. Se obstinaba en querer hallar el Estrecho allí mismo donde, á pesar de su inexistencia, lo reclaman y solicitan todavía las necesidades de la civilización. Buscábalo en los lugares donde parece que una configuración particular ha preparado el corte de las dos grandes regiones del Continente americano. Diríase que la Naturaleza se detuvo repentinamente en su obra por orden del Altísimo, que reserva sin duda á la humanidad la apertura de aquel paso, como el prodigio de su talento y el último límite de su poder. El Almirante pues buscaba el Estrecho, no en la extremidad de las regiones australes, donde está, sino allí mismo donde debía estar, y donde estará algún día. El mismo Colon designó el sitio donde debe estar.

§ IV.

No habiendo hallado Colon el Estrecho en Chagres, continuó buscándolo todavía; porque, en rigor, podía hallarse más lejos dicho paso. Siguió la costa al Este, y el día 2 de noviembre, después de haber pasado por entre dos islas pequeñas, fué á echar el ancla en un puerto seguro y cómodo, rodeado de tierras cultivadas, animadas por viviendas espaciosas y elegantes, algunas de las cuales estaban pintadas (1). Diversos frutales formaban jardines al rededor de aquellas casas cobijadas por la sombra de magníficas palmeras, y que embalsamaban los ananás y vainillas. Colon dió á este puerto el nombre que merecía por su calidad, y le llamó «*Puerto Bello*.» Los indios de las cercanías le trajeron grandes cantidades de frutas y algodón elaborado; pero ninguno de ellos poseía oro excepto un jefe y siete de los más distinguidos, de cuyas narices pendían unas laminas de dicho metal. Su adorno consistía en una tintura roja; el jefe usaba el color negro. Los dones de la tierra excedían toda descripción; pero desgraciadamente perjudicaron al encanto de la perspectiva algunos violentos aguaceros. La lluvia detuvo los buques en el puerto durante siete días. Finalmente, el miércoles, 9 de noviembre, á pesar del estado del cielo, se hicieron otra vez á la vela, para continuar la exploración de la costa.

Seguían, sin saberlo, á lo largo del istmo de Panamá.

(1) Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. xcii.

El Océano Pacífico se extendía allende los montes que limitan su vista, y como si hubiese oído Colon el murmullo del inmenso mar, porfiaba por hallar un paso que le condujera á él. Luchando contra el viento, llegó á la altura del cabo «*Nombre de Dios*,» pero la borrasca le asaltó en aquel punto tan terrible, que hubo de echar el ancla en el puerto más próximo.

Escogió en unas islas de la costa un refugio que estaba muy cultivado, y suministraba tanta abundancia de frutos y raíces, y sobre todo de maíz, que lo llamó el *Puerto de las Provisiones*. Quedáronse allí hasta el 23 de noviembre. Salieron de allí para continuar el reconocimiento de las costas. En una tierra llamada Guaigua se dejaron ver más de trecientos indígenas que traían alhajas de oro y provisiones para hacer cambios; pero deseoso el Almirante de llegar al Estrecho, no se detuvo en su camino. Sin embargo, á los tres días, obligóle la fuerza del viento á entrar en el primer puerto que encontró. Era este una ensenada estrecha cuya boca más estrecha aún, ofrecía solamente la ventaja de quebrantar el ímpetu de las olas. Las carabelas estaban tan cerca de la orilla, que los marineros podían pasar á tierra con sólo un salto. Las cercanías eran llanas y desnudas de árboles. Las plantas acuáticas y elevadas yerbas presentaban abundancia de aligadores que despedían un fuerte olor de almizcle, y que tomaban el sol tendiéndose en el légamo. El mal tiempo detuvo á la escuadra, por espacio de nueve días, en aquel sitio que el Almirante llamó «*el Retrete*.»

Dulces y confiados los indígenas llegaron con muchos viveres y adornos de oro, y trataron muy familiarmente en los cambios que el Almirante hacía vigilar. Por desgracia, auxiliados algunos marineros por la disposición de los lugares, burlando la vigilancia de los oficiales, se escaparon de noche, y fueron á las chozas donde se les había acogido hospitalariamente de día, y sus hazañas galantes y su rapacidad irritaron á los habitantes, que fueron á atacar las carabelas. El Almirante hizo cuanto pudo para evitar el derramamiento de sangre. En vano se procuró calmarles, porque se hicieron tanto más osados cuanto mayor dulzura se les mostraba. Quiso intimidarles disparando un cañonazo con pólvora sola; pero acostumbrados á los ruidos más espantosos del trueno, contestaron á la descarga con insultos, golpeando el suelo y los árboles con sus mazas. Entónces, muy á pesar suyo, mandó el Almirante apuntar, por el primer condestable Matteo, una pieza de gran calibre, al cerrillo donde estaban reunidos. Cuando hubieron visto los efectos de aquel cañonazo, huyeron temblando detrás de las montañas.